

El Baluarte

Sevilla: Un mes, 2 ptas.—
Un año, 20 ptas.—Provincia: Tres meses, 7/50
ptas.—Un año, 25 ptas.—Pago adelantado.
Número atrasado, 25 céntimos de peseta.

DIARIO REPUBLICANO

REDACCION Y ADMINISTRACION

Lagar núm. 5.

NÚM. 221

Sevilla—Jueves 26 de Septiembre de 1901

AÑO XXV

La pesca en Galicia

Recordarán nuestros lectores que el verano pasado, cuando la Corte hizo aquella famosa expedición marítima llevando a Silvela de gran almirante, se agitaba el problema de jeiteros y traineros.

Que el hombre de la daga les hizo toda clase de ofrecimientos a los de los dos bandos, para que no turbaban las alegrías del poder monárquico y dejaran a la Corte disfrutar todos los atractivos de la expedición, sin que se perturbase el orden. Pasó el verano, reclamaron los contendientes demandando una pronta resolución; cayó Silvela, le substituyó Azcárraga, y las cosas siguieron lo mismo.

Subieron al poder los liberales; los diputados de entonces dejaron el puesto a los del partido del turno, y uno de los primeros acuerdos del gobierno liberal fué nombrar una ponencia de ministros para que propusiera la decisión del famoso pleito. Siete meses llevamos de gobierno liberal. El pleito sigue en tramitación, y ya los contendientes a las manos, ha intervenido la fuerza pública, y la sangre se ha derramado en abundancia.

Antes de llegar las sentencias, los contendientes han luchado, disputándose en singular combate la decisión del litigio, y ventilando entre sí aquello que debió resolver y decidir en sazón y en tiempo oportuno el poder público.

En la sangre derramada tienen la misma responsabilidad liberales que conservadores, porque unos y otros han tenido el pleito en sus manos con las informaciones necesarias para haber decidido y otorgado la razón a aquel que adujera y probara el mejor derecho al sistema que se litiga, y el beneficio del mayor número de aquellos comarcas que viven mal a fuerza de trabajos improprios y de siegos constantes.

Esto pleito de jeiteros y traineros es el pleito de España, el pleito de pueblo que constantemente está demandando moralidad, justicia, equidad y orden, y no lo encuentra por parte alguna.

Así se suceden los gobiernos ofreciendo reformas, redención de tributos, disminución de gastos y reorganización de servicios; y, la verdad es que seguimos desnudos de todo, y sin esperanzas que el pleito del pueblo y de la nación, cual el de traineros y jeiteros, se resuelva por los procedimientos de una política prudente y acomodada a las conveniencias del país. La lucha de la libertad, que es la bandera de todos los derechos contra el régimen reaccionario actual que representa todos los privilegios y todos los abusos, no se resolverá sino saltando a la guardia civil e imponiéndose por la fuerza.

Nosotros, que hemos mirado y miramos con profundo respeto el derecho de todos, proclamamos muy alto la necesidad de tomar la libertad y no pedirla a quien no puede darla, porque los gobernantes actuales y los pasados y los que les sucedan, con el actual régimen, son los enemigos declarados del derecho del pueblo y de su soberanía.

Estamos seguros que el pleito de las rías, ventilado a tiempo y con amplio espíritu de equidad y de justicia, hubiera afirmado y consolidado la paz en aquel importante pedazo de tierra gallega, tan sufrido como honrado y tan probado patriota como amante de la libertad de los ciudadanos y del engrandecimiento de España. Hoy el conflicto puede agravarse y extenderse a otras comarcas con motivo de otra cuestión cualquiera, y fomentar el espíritu regionalista separatista que tanto atizó Silvela en Cataluña con sus desplantes e indiscreciones, y que dejó planteado en Galicia ofreciendo lo que nunca pensó dar, y estos liberales, con su parsimonia y con su política, á semejanza de los polacos para satisfacer las avaricias y los intereses de algunos personajes de su partido.

Tenemos por seguro que el conflicto crecía en importancia; que si se resolviera se resolverá mal, y que traineros y jeiteros saldrán con las manos en la cabeza si así conviene á los intereses de la monarquía.

Esta y todas las complicaciones, como todas las desdichas de España, al régimen se deben y no las puede resolver más que la revolución vio-

lenta y un Gobierno democrático producto de la misma.

A. A.

Nota del día

El maestro D. Eusebio Blasco, que tiene el vicio, ó la monomanía religiosa, como pudiera tener calenturas tercianas ó cuartanas, de esas que acaban con la vida del hombre á corta ó larga fecha, ha escrito un precioso cuento hablando del dolor solitario, de ese sentimiento purísimo que nace del alma, que á nadie se le confía y que apenas si se deja entrever.

Ese dolor solitario del maestro en la literatura española necesitaba una decoración artística, y Blasco, que es experto en eso de decoraciones teatrales, se va por las catedrales de Reims, de Burgos y de Toledo, y en ellas, á la hora de la siesta, encuentra lo que busca; allí está el dolor solitario: en la mujer joven, bella y entuada, que reza arrodillada ante un Cristo. Siente pasos... se va enseguida sin levantar la vista.

Y deduce el maestro que es un amor contrariado, una esperanza perdida, un alma agobiada por el peso del infortunio... ¡El ideal! ¡El ideal!... ¡Ay, maestro! El dolor solitario, si es puro, si es la conformación del ideal, no se viste de negro, ni gasta parsimonias, ni se envuelve en la penumbra de las catedrales artísticas buscando consuelo... A ellas va buscando perdón, porque es la tienda en que se vende; y el dolor solitario que busca perdones, maldito lo que tiene de ideal.

Maestro: verá usted dónde he visto yo el dolor solitario, ¡pero el dolor de verdad!

Visitaba una vez el cementerio de mi pueblo —mi pueblo es Sevilla— por... no saber dónde ir.

Era uno de esos días tristes que tienen los hombres, y en los que, sin darse uno cuenta, hu-ye de toda compañía y va hablando y meditando á solas. Es decir, quiere uno estar solo para estar más acompañado, porque el pensamiento se encarga de buscarle compañía.

Allá me entré por la ciudad de los muertos sin intenciones religiosas de ninguna clase, á menos que incluyamos en la religión el respeto más profundo, en cuyo caso, religiosamente fui... y llamé mi atención una pobre vieja, muy demacrada, muy pobre y muy mal vestida, que estaba sentada sobre la losa de una sepultura, llorando sobre ella como si el muerto que encerraba acabara de morir.

Lloraba con verdadera desesperación, hondamente, con un desconsuelo tan irritante, que daban ganas de pelear con la muerte delante de ella para consolarla.

Allí no había vidrieras, ni altares, ni otra bóveda artística que el espacio, abierto para todos los suspiros, y la tierra, dispuesta á beber todas las lágrimas...

Argumento de este dolor solitario:
Era una pobre madre, hija del pueblo, que fué deshonrada y abandonada después, por un señorón rico de esos que visitan las catedrales artísticas y dan dinero para ellas.

Lloraba —¡hacia dos años!— ¡Já, por día sobre la tumba de aquel hijo del pecado, de aquel hijo por quien la sociedad la tildó de mala mujer, sus padres la abandonaron en el arroyo, y el seductor... no hay que decir: ¡de real orden lo hicieron excelentísimo señor!

Si me vio... no se fué. Ella siguió allí llorando amargamente sin que mi presencia le importara un comino.

De donde deduzco que el verdadero dolor solitario no necesita el alcahuetaje de las sombras, sino que se manifiesta en todas partes, sin necesidad de la poesía mística de las catedrales góticas, ojivales... etc.

Humanicemos los cuentos con la verdad, maestro, ¡que la verdad es la mejor poesía!

J. RODRÍGUEZ LA ORDEN.

Murmuraciones

Una gravísima desgracia tenemos en puerta. D. Germán Gamazo se nos muere.
Los médicos aseguran que dicho señor difícilmente podrá escapar de las garras de la muerte por esta vez.

Los periódicos noticieros pueden ir preparando el cliché y la biografía consiguiente.
Hizo esto, hizo lo de más allá, enriqueció y murió.
¡Requiescat in pace!
¡Buena presa para los jesuitas!

—¿Y qué harán ahora los individuos afiliados al partido político del Sr. Gamazo?— será la pregunta general.
Pues... irán á cualquier parte con la música.
Lo malo será que encuentren público que quiera oírles tocar el violón.

El Sr. D. Segismundo Moret y Prendergast, hablando del general Weyler y de sus carreras desafortunadas por toda la península, lo ha comparado con Frégoli.
No deja de tener gracia la comparación.
Lo malo está en que Moret no es quien para decirlo.
Porque si vamos á... Frégoli, ¡dificilíllolo será asegurar quién lo imita mejor!

Como caso raro, cita un periódico madrileño el caso de que existía en Chella, pueblo de la provincia de Valencia, el más feroz caciquismo. Y exclama puntualizando:

«En un pueblo de la provincia de Valencia, en Chella, partido judicial de Enguera, se da un caso típico, cínicamente hermoso, de caciquismo agudo. De un caciquismo trágico, sangriento, del que ya por fortuna va siendo raro, y no porque haya dejado de ser criminal el caciquismo, sino porque la suavidad de las costumbres le hace no cometer delitos de los llamados de sangre: hoy se limita á estafar, robar, vulnerar las leyes, corromper la administración y la justicia, adulterar el sufragio y consolidar el imperio del favor. No suele asesinar violentamente, pero matar de modo lento, sin derramamiento de sangre, á disgustos, por hambre, si suele hacerlo. En Chella se conserva en toda su bárbara pureza el caciquismo. Allí se mata y aquí el matorador logra la impunidad más escandalosa.»

De ese traje, digo, de ese paño, todas las provincias tienen un traje.
Sin necesidad de ir tan lejos, sino partiendo desde Sevilla por la línea de Cádiz, se baja uno en la primera estación, que corresponde al vecino pueblo de Dos Hermanas.

—¡Venecia del Carlismo... cinco minutos!— grita el mozo del tren.

Y efectivamente; penetra uno en la población por el arrabal de San Juan Clímaco y se da de cara con la calle San Zúilo, papa. Tuerce á la derecha, calle de María Santísima, y se encuentra con el callejón de Nuestra Señora del Buen Viaje. Sigue adelante, y se halla con una calleja adjudicada á San Procopio; tuerce á la izquierda por la calle Espinas de la Corona de Jesús, y sale á la plaza del Corazón de María. Allí se encuentra con el palacio de San Ignacio de Loyola, que hace esquina á la calle San Pedro Arbúes.

Ya en medio de la plaza, se divisan las calles de San Zenón, San Joaquín, las Ocaes mil Virgen s, Corpus Christi, San Miguel y Nuestra Señora del Sotano. En esta última está la capilla de Nuestra Señora de la Sabana Limpia, aislada completamente, y cuyos cuatro lados llevan por nombre: Padre Tarfo, Padre Tarar, Padre Tarugo y Padre Tarugo... Y así todo, porque hasta la parte destinada á muladar tiene por nombre Corral de San Fermín.

A las siete de la mañana, el cacique Sr. Grimarest, acompañado de dos ó tres servidores, va por las calles ordenando á los vecinos que vayan á oír misa, so pena de indisponerse con él, que es lo mismo que indisponerse con el Espíritu Santo.

Allí no se menea una hoja en el árbol, ni una piedra en la calle, sin el permiso del señor cacique.

En fin, ¡y esto es el colmo!

El conocido poeta sevillano don José de Larraque y Novoa, hombre buentísimo y religioso si los hay, se pone las manos en la cabeza, y grita á todo el que lo quiere oír:
—¡Esto es una vergüenza! El Carlismo, con los jesuitas por mentores, á las puertas de Sevilla, proscribiendo todo lo que huele á libertad, todo lo que trasciende á civilización... En esa fábrica jesuítica se explota ignominiosamente á las criaturas en nombre de la religión: á las cinco de la mañana las hacen ir en cuerdas á oír misa, y luego las exprimen de día y noche, trabajando horas y horas para ganar un mísero jornal...

¡Estos canallas me harían abominar de la religión si yo no tuviera conciencia de que la reli-

gión prohíbe esos martirios cruentos, esas explotaciones nefandas, ese maridaje infuico y desconsolador entre las creencias divinas y las ganancias profanas!...

No es Chella, no, solamente la que padece bajo el poder del cacique.

Es toda España la que sucumbe, toda España la que muere en poder de estos gobernantes sin creencias, sin norte, sin ley y sin Dios.

A un estudiante en Oviedo dió el tribunal calabaza, y aquél se puso en la puerta armado con una estaca, y dió una fuerte paliza á un catedrático... ¡Vaya, como cunda a este ejemplo por las ciudades de España, habrá que aprobar por fuerza á los chicos que se arrancan!... Señores, ¡cómo está el mundo, y cómo está la enseñanza!...

El Sr. Rinaldini, Nuncio de Su Santidad en Madrid, parece que se ha enfadado porque el Gobierno no había puesto en conocimiento de dicho señor el decreto dándole carta blanca á las congregaciones religiosas en España.

Alguien creará que esto es una agachadita del Nuncio.
Pero... es todo lo contrario: la agachadita es del Gobierno, que, de acuerdo con el Nuncio, ha dado patente de corso á los frailes y á las monjas, diciéndole á éste:

—Cuando vaya usted á Roma, dése por ofendido para hacer ver que somos demasiado liberales... ¡Y amenace usted con no volver á España!...

¡Ay, qué gusto, si no volviera más por aquí! ¡Qué alivio para el presupuesto nacional!...

Dícese que á la peregrinación á Zaragoza se invitará á los reyes.

Para que éstos inviten á toda la caballería, á toda la infantería y á todo el ejército nacional. ¡Pero qué poca fé tienen en la Virgen todos los que creen en la Virgen!

Estúpidos, si no creéis en ella, ni en los milagros que haya hecho, ni en los que hace, ni en los que hará, ¿por qué provocáis esos conflictos?

No sois una secta de creyentes, sino una cuerda de criminales.

Dicen de San Sebastián:

«La familia real se presentó ayer de improviso en un restaurant de Rentería llamado Parsobai, ocupando una mesa y haciéndose servir patatas sufflé, sidra y chocolate.»

Ya estoy viendo al restaurantero llamar al pintor y decirle:

—¡Pínteme usted ahí en la muestra el escudo real, y ponga debajo:

Proveedor de patatas soufflé de S. S. MM. los Reyes de España.

Esto que copio á continuación es del *Boletín Eclesiástico* del arzobispado de Sevilla. Lean ustedes con atención:

«Ahora bien, Jesu-Cristo, al proclamar la igualdad de todos los hombres, ha elevado al obrero á la altura del capitalista ó del patrono, ¡qué decimos!, á la altura del magnate y hasta del mismo Soberano.»

Casi no hubiera necesitado decir á la cabeza de las anteriores líneas que éstas eran del *Boletín Eclesiástico* de Sevilla.

Es natural que cualquiera que lea esas solemnes tonterías se diga:

—Esto es del arzobispado de Sevilla. ¡Es el único que se le pueden ocurrir!

Ya lo sabes, obrero hambriento: Tú, descendo; tú, habitando en una cuadra mal oliente; tú, sin pan que llevar á la boca; tú, sin ropa con que cubrirte; tú, sin lumbre con que calentarte... tú estás á la altura del magnate y aun á la altura del Soberano...

Lo que sucede es... que no vives en palacio, como nuestro magnate el arzobispo; que no tienes, como él, rica y bien abastecida mesa; ni, como él, viste de seda y brocados; ni pisan tus pies sobre alfombras humildes; ni paseas en lujosa carretela; ni tienes tampoco millones de pesetas de capital y el sueldo diario, y la gloria segura como propina.

Pero... por lo demás, tú eres, es decir, tú estás á la misma altura, como están las figuras con que se anuncia el chocolate de Matías López: Antes de tomar el chocolate... ese eres tú. Después de tomar el chocolate... ese son ellos.

Pero... ¡á la misma altura!

¡Mal rayo no te parta, queso de bola!

CARRASQUILLA.

